

## **“DE LA MEMORIA AGRADECIDA AL COMPROMISO RENOVADO”**

**1. “A donde yo te envíe, irás”.** Cuando Dios lo llamó para ser su profeta, Jeremías era un joven que no había cumplido los veinte años. Le tocó vivir unos tiempos difíciles y trágicos para los israelitas, invadidos por tropas extranjeras (los asirios) y llevados, posteriormente, al destierro. Su vocación profética le creó enemigos entre sus propios paisanos, que no quisieron escuchar la verdad, sino que preferían atender las mentiras tranquilizadoras de unos falsos profetas. Perseguido por ser fiel a su vocación, Jeremías padeció crisis personales, porque no siempre experimentaba la cercanía entrañable de Dios en su vida.

La llamada de Dios a Jeremías, que acabamos de escuchar en la primera lectura, es muy sencilla comparada con la solemne teofanía que acompañó a la de Isaías. No hay visiones especiales, ni ángeles revoloteando alrededor del joven profeta... tan sólo un pequeño diálogo entre Dios y un él. Jeremías se resiste a esta vocación, porque intuye que lo que Dios le pide le acarreará complicaciones: “Ay, Señor mío, mira que no sé hablar, que soy un muchacho”. Pero Dios le responde con una frase llena de esperanza: “No tengas miedo, que yo estoy contigo”.

También a san Pedro Poveda le tocó vivir tiempos duros, tiempos recios y difíciles para el anuncio del Evangelio. Ser profeta en medio de un mundo que no siempre camina por la senda del Evangelio puede llevar consigo incompreensión, burlas y desprecio. A veces, incluso la muerte, como sucedió al P. Poveda. Él derramó su sangre como un mártir por su fidelidad a Jesucristo, apenas comenzada la guerra civil.

También a nosotros nos ha tocado ser cristianos en unos tiempos difíciles. Nos desenvolvemos en medio de una sociedad secularizada, que rehúye los valores evangélicos cuando éstos se oponen a otros intereses más terrenales: el poder, el dinero, la fama, etc. Como Jeremías, como san Pedro Poveda, hemos de dar testimonio de la Buena Noticia de Cristo allá donde estemos: en nuestra familia, en la parroquia, en nuestro colegio, en las plazas y calles de nuestra ciudad... Estamos llamados a dar ejemplo de vida y fe cristianas no sólo con las palabras, sino también con los hechos, con la confianza puesta siempre en el Señor, como proclama el salmista: A ti, Señor, me acojo... sé Tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve... Porque Tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y confianza desde mi juventud”.

---

**2. “Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo”.** Después de las bienaventuranzas, Jesús describe cómo ha de ser el estilo de vida de sus discípulos. Deben ser, en primer lugar, como la sal: la sal condimenta y da gusto a la comida; sirve para evitar la corrupción de los

alimentos; y también es símbolo de la sabiduría. En segundo lugar, deben ser como la luz: que alumbre el camino, que responda a las preguntas y las dudas, que disipe la oscuridad de tantos que padecen ceguera espiritual o caminan en la oscuridad de su propio pecado o ignorancia. Finalmente, han de ser como una ciudad puesta en lo alto de la colina: que guíe a los que andan buscando un sendero recto en su vida; que ofrezca un punto de referencia para la noche (con sus luces encendidas) y cobijo para los viajeros.

Lo que Jesús dijo a aquellos galileos que lo escuchaban lo dice hoy también a nosotros, los cristianos de este tercer milenio. El Señor nos pide que seamos sal del mundo: que sepamos dar gusto y sentido a la vida; que contagiemos sabiduría, la sabiduría que procede de una vida según el Evangelio; que seamos personas que transmitan y contagien felicidad, esperanza, amabilidad... en definitiva, los frutos del Espíritu.

Hemos de ser luz para los demás, pues Jesús es la Luz del mundo y, como discípulos suyos, tenemos que dejarnos iluminar por Él para, de este modo, irradiar la luz del Evangelio a tantas personas y lugares donde reina, por desgracia, la oscuridad de la ignorancia y las tinieblas del pecado. Seamos, finalmente, como una ciudad puesta en lo alto, personas que por nuestra fidelidad a Cristo seamos como faros que envían destellos de luz a los que navegan por las aguas de esta vida. Una de las plegarias eucarísticas recoge esta oración: “que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”.

---

**3. Centenario de la Institución Teresiana.** Un motivo para seguir teniendo esperanza es, sin duda, este centenario de la Institución Teresiana, cuyo nacimiento debemos a la enorme y providencial creatividad de san Pedro Poveda. Él, entregado en cuerpo y alma a la extensión del Reino de Dios, sobre todo entre los más pobres y necesitados, inició un proyecto socio-educativo en el barrio deprimido de las cuevas de Guadix (Granada). En 1911 se plasmó esta querida y valiosa Institución Teresiana, que hoy, transcurridos 100 años, continúa promoviendo la evangelización por medio de la educación y la cultura.

Esta labor evangelizadora puede condensarse en la bella expresión del P. Poveda: “llevar a la sociedad la buena nueva de la educación y de la cultura”. En efecto, la fe y la apertura al mundo intelectual, a la ciencia, a la cultura... no son simples buenos deseos en san Pedro Poveda, sino un programa bien delineado:

“Vuestra misión –escribe el P. Poveda–, vuestro magisterio ha de ser como el de Cristo: vosotras habéis de elevar cuanto toquéis..., enseñar a los que os rodean, ilustrar a los que educáis y edificar a todos”.

Frente a un posible reduccionismo de su proyecto educativo al terreno de lo puramente humano y “laico”, san Pedro Poveda reacciona con palabras claras y valientes:

“Pretendí hacer una obra de apostolado, no de cultura y educación solamente... Éste es el espíritu de la Obra. Si en ella alguna vez se prescinde de lo espiritual, del celo, la Obra no será la Institución Teresiana, no será la Obra que yo fundé, será otra cosa... Cuando tropecéis con obstáculos entre lo cultural y el espíritu, resolved siempre a favor del espíritu; ésa es mi mente”.

**4. “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”.** San Pedro Poveda manifiesta, en sus escritos y con su propia vida martirial, que la contemplación del Crucificado es el apoyo que fortalece su tarea apostólica y la de los miembros de la Institución Teresiana:

“Os diré hoy, en primer término –escribe el P. Poveda–, que el Crucifijo es la fuerza, el poder, el único tesoro... No busquéis el apoyo humano, afirmaos cada día más en vuestro amor al Crucifijo y exclamad como el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquél que me conforta*, porque Cristo crucificado es, para los que lo aman, fuente perenne de paz, luz y fortaleza”.

Y la contemplación del misterio de la Encarnación y de la Crucifixión del Señor la sintetiza así:

“Hay que hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo. Si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere, pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo y para gloria de Cristo”.

El P. Poveda nos ayuda a caer en la cuenta de que necesitamos la ayuda de la gracia para seguir entregando nuestras vidas como verdaderos discípulos de Jesús y para continuar trabajando, de la mano de santa María Virgen, en una tarea educativa y liberadora tan necesaria, hoy más que nunca, para nuestros niños y jóvenes.

Termino con estas palabras de san Pedro Poveda, una preciosa oración que transparenta un alma enamorada de Jesucristo:

“Señor, que yo piense lo que tú quieres que piense; que yo quiera lo que tú quieres que quiera; que yo hable lo que tú quieres que hable; que yo obre como tú quieres que obre. Ésta es mi única aspiración”.

Teresianas: Vivid el feminismo “lógico, justo y cristiano” que san Pedro Poveda calificó tan bellamente.

✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela–Alicante